

Nos acostamos muy bien ;  
Mas yo dormido quedarme  
No podia, porque estaba  
De mí muy poco distante  
Una olla de puches llena  
De una vieja miserable.  
Luego que la oí, me vino  
Deseo de levantarme,  
Y hurtársela con secreto ;  
Y mirando á todas partes  
Vi al sacerdote robar  
Los higos, nueces y panes  
De las mesas, recorriendo  
Por su órden los altares,  
Por si acaso alguna torta  
Olvidada se quedase ;  
Todo en el saco lo echaba.  
Yo juzgando que era grande  
El mérito de esta accion,  
Me animé para robarle  
Á aquella vieja los puches.

MUJER.

¿Y á Apolo ¡oh el mas infame  
De los hombres ! no temiste ?

CARRION.

Sí, por Dios, no fuese que ántes  
Llegase con sus guirnaldas,  
Y los puches me quitase :  
Que tal juicio el sacerdote  
Me hizo que del dios formase,  
Con su ejemplo. Mas la vieja  
El ruido, que al levantarme  
Hice, sintiendo la mano  
Saca; y yo para causarle  
Temor, silbé, y la mordí  
Como culebra. Al instante  
Ella retiró la mano,  
Tapóse al punto con grande  
Silencio, echando de miedo  
Un hedor intolerable.  
Yo, entretanto, me sorbí  
De los puches la gran parte,  
Y despucs de bien repleto  
Volví otra vez á acostarme.

MUJER.

¿Y el dios aun no habia venido ?

CARRION.

No, despues, al acercarse  
Hice una cosa muy torpe  
Que ahora no quiero contarte.  
Despues de lo cual temiendo  
Al dios me tapé; él con grave  
Y majestuoso paso  
Andaba por todas partes  
Mirando los que tenian  
Algunas enfermedades.  
Despues de piedra un mortero  
Con su mano y caja trae  
Un niño.

MUJER.

¿De piedra ?

CARRION.

Sí;

No, que me he engañado, nadie

Le trajo la caja.

MUJER.

¿Cómo  
Pudiste esto ver, infame,  
Tapado estando ?

CARRION.

Lo ví

Por la capa, que millares  
De agujeros tiene. Luego  
Ante todo á prepararle  
Un emplasto á Neóclides  
Comenzó : de ajos teniales  
Tres cabezas machacó  
Con goma, y yerbas picantas,  
Y con vinagre de Esférico  
Roció todo el brevaie,  
El emplasto le aplicó,  
Y para que le causase  
Mayor dolor, las pestañas  
Le separa, y se las abre;  
Él dió grandes alaridos,  
Y pretendia escaparse.  
Él dios riendo le dijo:  
Encataplasmado, estate  
Aquí ; y si con juramento  
Comprobar necesitas  
No haber podido á la cita  
Acudir, he de librarle.

MUJER.

¡Oh, cuán sabio es este dios,  
Y de la ciudad amante !

CARRION.

Fuése despues junto á Pluto;  
Empezó á manosearle  
La cabeza, y con un limpio  
Lienzo las concavidades  
De los ojos le limpiaba.  
Despues le cubrió Panace  
Con un pedazo de grana  
La cabeza y el semblante.  
Dió el dios despues un silbido,  
Y al punto del altar salen  
Dos horribles culebrones  
De corpulencia muy grande.

MUJER.

¡Ay Dios!

CARRION.

Bajo de la grana  
Fueron los dos á ocultarse,  
Lamiéndole las pestañas,  
Segun creo, y al instante,  
En ménos tiempo que tú  
Apurar un jarro sabes,  
Se levantó Pluto sano :  
Yo, entónces, que se levante  
Hago al sano, y con palmadas  
Celebré dicha tan grande.  
El dios se desaparece,  
Y las sierpes se retraen  
Al templo. ¿ Con qué deseo  
Juzgas fueron á abrazarle  
Los que estaban junto á Pluto ?  
De la noche lo restante  
Estuvimos sin dormir,

## § 5. TRÁGICOS LATINOS.

Quintiliano nos habla de algunas obras maestras, que se leían aun en su tiempo, comparables á la tragedia griega. Confieso mi incredulidad en cuanto á las obras maestras perdidas, y mucho mas respecto de las hermosas tragedias de gabinete; así, en mi conviccion y en la de todos los críticos, no hubo estrictamente hablando tragedia romana. Pero ¿cuál habrá sido la razon ?

Aunque no se considere la tragedia como el fruto combinado de cierta temperatura y de algunas disposiciones innatas, cosa que no está permitida á la critica ni siquiera á la conjetura, no se puede atribuir la falta de un arte cualquiera en un país civilizado, sino á la circunstancia de carecer de algunas condiciones locales, religiosas, políticas ó de costumbres, que en otro país igualmente civilizado han producido necesariamente este arte, ó á lo ménos contribuyeron á su desarrollo de tal manera, y se hallan á él tan íntimamente ligadas, que es imposible imaginar el arte existente sin estas condiciones, ni estas condiciones existentes sin determinar el arte. Y pues que vemos por una parte florecer el arte de la tragedia en la culta Atenas, como una produccion del suelo, tan indígena como la hiedra en la Acarnania, y el tomillo en el Himeto; y al contrario, penetrar con timidez este arte en la civilizada Roma, implorar allí proteccion y recomendacion de los hombres poderosos, tratar de introducirse bajo el patrocinio de grandes nombres políticos y militares; y luego despues de inútiles esfuerzos y ridículas negociaciones con el público que la rechazaba, retirar todas sus pretensiones á la publicidad escénica, para reducirse á la de las lecturas, es imposible expresar un juicio útil y sensato acerca de este hecho, sino limitándose á decir que existian en Atenas condiciones locales favorables al arte de la tragedia, y que faltaban en Roma: semejante paralelo tanto mas delicado cuanto que aspira á establecerse entre hechos positivos, no está destituido de importancia y de filosofía, como trataré de demostrar.

¿Á qué condiciones locales debió Atenas el teatro trágico, ó sean Esquilo, Sófoeles y Eurípides? De tres clases fueron principalmente: literarias, religiosas y políticas, ó sociales.

I. La tragedia griega, precedida de la epopeya, encontró en esta sus temas y reglas principales. Despues de la rendicion de Troya y una vez cumplidos los oráculos, la gran liga pelágica se disolvió y los héroes de Homero se retiraron á sus casas, en la Estia, donde murieron. Sus hijos pagaron la pena de la gloria de los padres, pues los dioses, que habian jurado que los odios no sobrevivirian á la toma de Troya, los abrumaron con todo género de males. Re-

Hasta que el dia llegase.  
Yo dí gracias, y alabé  
Al dios con afecto grande,  
Porque dió la vista á Pluto,  
Tan pronto, y mas ciego que antes  
Á Neóclides dejó.

MUJER.

¡Qué poder tienes tan grande  
Rey Esculapio! Mas, dime,  
¿En dónde á Pluto dejaste?

CARRION.

Pronto vendrá rodeado  
De una tropa innumerable, etc., etc.

(Traduccion de D. PEDRO ESTALA.)

Tambien en esta comedia Aristófanes ataca á Eurípides, del cual á menudo es una parodia, sacando á relucir frecuentemente hasta sus mismos versos; y el oráculo de Apolo, con que empieza la comedia, es una imitacion del de *Ione*, tragedia perdida de Eurípides. Este poeta y Aristófanes presentan un contraste singular; el primero, atento únicamente á alabar ó adular su época, como quien trata de crearse amigos; el otro, iracundo y lleno de despecho, como quien no teme enemigos, muerde y azota á los vivos y sus hechos, é invoca la memoria de una edad mas sencilla y por lo tanto mejor en su dictámen. Hasta en el *Pluto* hay un diálogo de Cremilo con la Pobreza, impregnado todo de esta moral. Aquel anciano ve las cosas por el lado mas vulgar, y para él los placeres y las riquezas son la mejor recompensa de la virtud; al contrario, la Pobreza le demuestra que la primera condicion de la sociedad humana es la division desigual de los bienes. Ilustre era en un tiempo la Grecia, y no obstante vivia pobre. Al mismo Júpiter se le debe calificar de pobre, pues que en los juegos olímpicos no se da mas premio que una rama de olivo, mientras que hoy los hombres prodigan las coronas de oro.

En una palabra, el que quiera sujetar á Aristóteles á los principios capitales del arte, hallará que en todas sus comedias pone en lucha las costumbres degeneradas de la edad con el vigor de las antiguas; las argucias inmorales de los sofistas con la rectitud del sentido comun; el vano rumor de las palabras y de las frases con la sencillez de la verdadera poesia. Pero al paso que en aquella sátira inmortal nos reimos de los Atenienses, admiramos un pueblo que no ha tenido igual, cuya frivolidad se ejercia en los negocios mas importantes y en las complicadas cuestiones de la política; que por ocio y pasatiempo tomaba asiento en los juicios, disputaba sobre la filosofía, estudiaba las obras maestras del arte; al que servian de recreo las disputas acerca del mérito dramático de Esquilo ó de Eurípides, del mérito político de Cleon y del filosófico de Sócrates, y que se reía de alusiones y de chistes delicados que no advertiria ninguno cuya inteligencia no estuviese perfectamente educada.

sultaron de ahí espantosas catástrofes de dinastías reales; los antiguos oráculos, que prometían al Asia subyugada sangrientas represalias, se cumplieron, y por eso a la epopeya sucedió el drama. Este tomó a los hombres donde Homero los había dejado, es decir, caídos de su majestad épica, y reducidos a las condiciones de la escena; pero siempre reyes ó hijos de reyes, siempre descendientes de una gloriosa raza; por lo tanto, si los padres son hijos de dioses, nietos de los dioses son los hijos. La tragedia es, pues, una consecuencia de la epopeya. Homero había abrazado en su obra toda la Grecia heroica, y los trágicos la dividen entre sí; Homero había cantado la gran nación confederada, y los trágicos cantan las soberanías locales, esto es, no ya un pueblo, sino las familias; pero nada hay en ella que no sea nacional. Todo procede de Homero; el gran litigio de la Iliada que se prolonga hasta la posteridad de los reyes, es siempre el único fondo de las tragedias; por eso los trágicos no tuvieron que inventar ni los personajes ni las costumbres, limitándose a tomar ambas cosas de Homero. Esquilo, que es el que ménos le debe de los tres trágicos griegos, decía que sus tragedias no eran mas que las sobras de los banquetes de Homero.

Esto, por lo que hace a los argumentos; en cuanto a las reglas, las mas generales se encuentran en Homero. Y por reglas no entiendo aquellas leyes que los retóricos, sucesores de los poetas, formularon y reunieron en un código; sino el arte en su parte mas filosófica ó mas profunda; por ejemplo, el secreto de desarrollar las pasiones y de poner en acción los caracteres. Entiendo además el orden y la medida, y aquel gusto que consiste en elegir en la pintura de los caracteres los rasgos mas generalmente verdaderos, y que hablan al mayor número de inteligencias. Ahora bien, todos estos secretos existen ya en Homero; Primo y Hécuba poseyeron el idioma del dolor antes de Edipo y de Yocasta; Andrómaca es la primogénita de Antígona. Todas las pasiones desenvueltas parcialmente en las tragedias habían sido indicadas sumariamente en la epopeya; Homero había pasado por todas las vías que van al corazón, y aun mirando en su obra tan solo el arte de distribuir y de poner en escena, se hubieran podido sacar de su epopeya buenos dramas.

Bajo dos conceptos, como fuente inagotable de asuntos dramáticos y como tradición elemental artística, la epopeya homérica aborraba a los autores de las tragedias, por una parte las mas penosas dificultades de la invención, por la otra todas las superfluidades y vacilaciones de un arte sin pasado, que sale, digámoslo así, de la tierra y no es guiado en su fuerza desordenada por ninguna tradición y por ningún modelo. Y era este un hecho tan reconocido en Grecia, tan popular y tan poco ofensivo al amor propio de los poetas que uno

de los reyes de Egipto sucesores de Alejandro (no recuerdo cual) fué muy aplaudido por haber mandado construir en honor de Homero un templo donde este gran poeta estaba sentado en un trono de oro, coronado por las estatuas de las ciudades que disputaban sobre cuál de ellas le había dado el ser, y con una fuente que salía de su boca, y a la cual acudían a beber los poetas. Homenaje extremadamente ridículo y alambicado, convengo; pero cuya significación era en sumo grado expresiva.

Además de estas dos condiciones literarias, conviene calcular también el amor al arte, que era inmenso, y la importancia del poeta en el Estado; dos cosas que son siempre ventajas para el arte.

Nos han quedado curiosos testimonios de este amor al arte, cual se sentía en tiempo de los trágicos griegos. Esquilo, vencido por Sófocles en un certamen poético, según el juicio de Cimon y de nueve generales colegas suyos, salió de Atenas y fué a ocultar en el destierro su vejez, afligido por una derrota literaria. Atenas estaba dividida entre Sófocles y Eurípides, y el ataque y la respuesta se hacían con producciones dramáticas, no con disputas sobre sistemas. Eurípides, lo mismo que Esquilo, vencido también por Sófocles, y mas adelante por otros rivales, dejó su patria y fué a morir a la corte de Arquelao, rey de Macedonia. Emulaciones penosas, pero útiles al arte, y que tanta honra producían a los poetas que lastimaban, como al pueblo que ponía de aquel modo en competencia la gloria.

Atenas confiaba cargos y mandos militares a sus poetas. Esquilo, soldado en Maraton, habría llegado a ser general, si su carácter impaciente y envidioso no le hubiese quitado la moderación y el espíritu de orden que para los negocios se requieren. Sófocles, pontífice y general, colega de Pericles y de Tucídides, defendió su patria en la guerra, la administró durante la paz, la hermosó con edificios como jefe de la religión y la ilustró como poeta; hombre de una fortuna sin igual, dotado de hermosura y de genio, no ménos sano que rico, mas puede decirse que se extinguió, que no que murió pues se acabó su vida sin agonía, sin dolor, la víspera del día en que la libertad de Atenas estaba para perecer a manos de los extranjeros. Eurípides poseía elocuencia, imaginación, una extremada movilidad de entendimiento; era ambicioso, ávido de poder y de honores; pero esta movilidad de entendimiento que le ayudaba a tomar todos los aspectos y a mostrar con éxito feliz hasta la sensibilidad de que carecía, fué causa de que viese coronadas sus pretensiones y ascendiese en la administración. Ofendió a menudo a los Atenenses, pueblo agudo y envidioso, ora en sus opiniones religiosas, ora en sus delicadezas literarias. El poeta, destituido de los cargos que desempeñaba, se vengó con burlescas alusiones contra los oradores, contra la democracia, contra todas las

instituciones de su país; se le dejó la libertad de las alusiones, pero se le tuvo lejos del poder, y hubo de resignarse a no ser mas que poeta en un país en que Sófocles, su competidor, había sido el primer magistrado.

Ni era solamente el poeta quien podía ser el primer hombre político en su país, pues nada se oponía a que el mismo que buscaba con ansia los votos de sus conciudadanos, se presentase en un teatro é hiciese un papel en alguna tragedia de Sófocles ó de Eurípides. Esquines empezó siendo actor, y si Demóstenes no hubiese tenido contra él mas que esta censura, Esquines hubiera podido disputarle el gobierno de la República. El arte estaba mezclado con las instituciones, ó mejor dicho, era una de las instituciones; ninguno conseguía figurar en primer término sin genio; pero el que lo mostraba, podía llegar a ser el jefe de su país. Consistía este en que el arte no era entre los Griegos la quimera aislada del poeta, ni el sistema particular de un individuo, sino la obra de toda la sociedad. La aptitud para el arte no excluía ninguna otra aptitud, porque el mismo espíritu gobernaba el Estado y dirigía el arte, y los mismos jueces daban su sufragio al hombre de negocios y al poeta. Admirable armonía de que la época de la decadencia latina presenta una ridícula parodia, pues si también en la Roma imperial los poetas son cónsules, consiste en que no se necesita mas aptitud para ser cónsul, por la gracia de César, que poeta por la gracia de un auditorio de amigos.

II. La tragedia griega encuentra una religión nacional, y esta religión es la de Homero. Los dioses que asistían al asedio de Troya, los dioses envidiosos y violentos que se mezclaban entre los combatientes, que aparecían en la tierra con caracteres visibles, han subido al Olimpo para no volver a bajar; así no se comunicarán con los hombres sino por medio de los oráculos. Sin embargo, es el mismo Olimpo, son los mismos dioses apasionados y envidiosos; solo que las ideas morales y la filosofía han dulcificado sus costumbres tan feroces en Homero, sin que por eso se atreviesen a poner en duda su divinidad. Eurípides, que era incrédulo, deja escapar en una de sus tragedias cierta duda irónica sobre la divinidad de Júpiter; y el pueblo ateniense prorumpiendo en murmullos, obliga al poeta a retractarse en la representación sucesiva. La religión es todavía una institución nacional, en la cual todos los que creen, creen de un modo; no hay allí mas que fieles é incrédulos, pero ningún cismático. Esta observación adquirirá alguna importancia por el cotejo con el estado de las creencias religiosas en Roma.

Los trágicos no tuvieron, pues, nada que imaginar ni respecto del asunto, ni del arte, ni de la religión; visto que la Grecia les suministró todos sus héroes, sus dioses, su epopeya homérica, y luego también su historia política. Las catástrofes de las familias reales son las his-

torias locales de Grecia; Edipo, Teseo, Menelao son nombres de reyes que gobernaron en Grecia. Demóstenes en una acalorada invectiva recordó a los Tebanos que Atenas había dado en otro tiempo hospitalidad al rey Edipo; Sófocles encontró en la aldea de Colonna, su patria, tradiciones populares sobre la muerte misteriosa de aquel rey, arrebatado por los dioses durante un temporal. De consiguiente, la historia maravillosa y la historia positiva se confundían, y nadie hubiera osado separarlas. Los historiadores se mostraban crédulos para ser populares, y por eso en Grecia la tragedia no es sino la historia religiosa y política del país y de los hombres del país.

III. Por condiciones sociales entiendo las que se refieren mas particularmente a las costumbres del teatro, a los hábitos que el pueblo llevaba a él, a su capacidad para juzgar las representaciones, no solo como dramas, sino también como obra de poesía y de lengua. Bajo este aspecto ninguna nación fué mas inteligente, mas aguda, mas juiciosa que los Atenenses, ningún otro pueblo atendió mas a la ventaja del arte, aun cuando servía tan mal la causa de su libertad é independencia; y esto porque había sido educado por Homero. Las vírgenes de Atenas cantaban en las *Teorias* sus hermosas poesías primitivas; ningún poeta ministerial celebraba las victorias de Atenas, heraldo vulgar alimentado por el tesoro público, sino el poeta que había recibido del pueblo el precio de los versos. Sófocles, aun joven, leyó públicamente poesías en honor de la batalla de Salamina. Aquel pueblo debía perecer por su amor al ingenio y la elocuencia, pues que supo defenderse contra el orgullo militar, pero no contra los atractivos de un buen órgano de voz, del ingenio y de la seducción oratoria. Mientras oía en los certámenes poéticos los versos de dos rivales, ó en la plaza pública las arengas de dos adversarios políticos, y era todo alma y oídos en aquellos espectáculos donde la inteligencia lucía sus dotes y el idioma sus galas, los Bárbaros de Esparta y Macedonia cayeron sobre este pueblo embriagado de poesía y elocuencia. Se le dejaron sus versos y sus contiendas literarias; pero ni los versos ni los certámenes le dieron el arte de Sófocles y de Homero, pues en todo país en que el arte es hijo de la libertad, la esclavitud lo extingue, como se vería por un extraño contraste, perecer el arte a manos de la libertad, en un país donde hubiera nacido de la bonanza política y de las pensiones de los príncipes.

El pueblo de Atenas es frívolo: — Sí, en el manejo de los negocios, aunque también allí hubo buenos momentos de aplicación y de gravedad; pero en el arte jamás es frívolo. Véase si vacila entre Esquilo y Sófocles, y entre Sófocles y Eurípides, y sin embargo Esquilo tenía mayor aparato y pompa que Sófocles; la aparición de las Furias en una de sus tragedias hizo parir a algunas mujeres en el teatro; su drama

impetuoso y gigantesco ejercía mas poder sobre la imaginación que sobre el gusto, y se sabe que en el pueblo la imaginación es fuente de juicios y de preferencias mucho mas que no el gusto. Eurípides, por su parte, con sus chistes tan divertidos para un pueblo festivo, con sus alusiones quizá algo impías, con su mal humor, con sus epigramas contra los poderosos, con toda aquella independencia filosófica que se ha comparado ingeniosamente con la de Voltaire, halagaba principalmente las pasiones populares que producen triunfos rápidos, aunque pasajeros. Todas estas prevenciones no hicieron titubear al pueblo de Atenas, pues cuando se trató de aplaudir á Esquilo le aplaudió, como también á Eurípides; pero cuando se trató de decidir cuál de los tres trágicos honraria mas en lo porvenir á la ciudad de Minerva, el pueblo de Atenas nombró á Sófocles. El mismo pueblo no queriendo que las extravagancias de Esquilo impidiesen distinguir sus magníficas bellezas, consintió que los poetas posteriores corrigieran las tragedias, y en seguida las admitió para que disputasen la palma á las de los poetas vivos, de donde vino aquel dicho que Esquilo había ganado mas despues de muerto que durante su vida. Nosotros extrañaríamos esto, y con razón; porque en las naciones modernas el arte no es propiedad de todos, sino que cada uno tiene el suyo y desprecia el de los demas; pero en Atenas, el pueblo disponia del arte como de un bien que le pertenecía, ejecutaba en él cambios lo mismo que en sus demas instituciones, y lo corregia como una ley nacional.

El pueblo ateniense era apasionado del teatro, y principalmente de la tragedia. Veía representar allí sus gloriosos orígenes, su religion, sus odios nacionales, sus héroes, sus semidioses, á Teseo sobre todo, el héroe del pueblo de Atenas, el nombre que asociaba á todos sus recuerdos de gloria, que mezclaba á todas sus fiestas, de modo que Polignoto en el cuadro de Maratón tuvo que hacer asistir á Teseo á esta batalla. Veía allí conservadas religiosamente sus antipatías contra Esparta y Menelao; por ejemplo, este rey tan grave, tan prudente, tan lleno de valor en Homero, está representado en todas las tragedias atenienses como un hombre cobarde y cruel, blanco siempre de injurias, en medio de las alusiones ofensivas á las costumbres espartanas. Así el drama evocaba las glorias antiguas y recientes de Atenas, y el pueblo vivia en ellos de su vida presente y pasada; ni podia darse para la nación mas ingeniosa del mundo espectáculo mas halagüeño que un drama nacional, con todo el sabor de un fruto indígena, y que respondia al mismo tiempo á todas las necesidades morales de aquella nación, á su orgullo con el extranjero, á sus vanidades domésticas, á sus caprichos, á su inapreciable sentimiento de poesía, á su gravedad, á todas sus dotes sólidas, como á todos sus defectos y contrastes; resulta de lo dicho, que los Ate-

nienses no hubieran consentido nunca que se desterrase la tragedia del teatro para destinarlo á las luchas de leones y de osos.

En cuanto á la dulzura que aquel pueblo ponía en el uso de su lengua, y á la exquisita delicadeza de su oído, citarémos el caso de la verdulera que conoció que Teofrasto era extranjero por no sé qué gracia ática de que carecía, aunque hacía veinticinco años que habitaba en Atenas. De modo que no bastaba haber nacido en Grecia, haber residido veinticinco años en Atenas, estar instruido en las letras y en las ciencias, sino que se requería además ser hijo de la ciudad de Minerva para no ofender los oídos de una verdulera.

Esta delicadeza singularísima de los Atenienses puede atribuirse especialmente á la formación de aquel pueblo, pues que era de sangre pura sin mezcla de liga extranjera. El pueblo, diezmado en la guerra, se renovaba por sí mismo en la paz; además, Atenas economizaba la sangre de sus hijos, no exponiéndolos al hierro enemigo, sino en las mayores necesidades, y haciendo las guerras ordinarias mas bien por medio de los confederados que de los ciudadanos; así la raza se conservaba, y en esta raza siempre igual, aunque mas ó ménos alterada en las guerras, las tradiciones religiosas, históricas, de orígenes nacionales, se mantenían intactas, sobre todo la lengua, que rechazaba los idiomas extranjeros, como la nación las mezclas de razas. No solo todos comprendían aquella lengua, sino que la sabían con perfección, y no había institutos particulares acá y allá, ni academias que diesen certificaciones de bueno ó mal lenguaje, sino que se la enseñaba en las plazas públicas, en el teatro, en las fiestas religiosas (pues que el mismo idioma hablaba el orador, el poeta y el pontífice); era común á los intereses positivos y á las mas nobles facultades de la inteligencia, á los dioses y á los hombres. Con tal publicidad, en medio del pueblo se conservaba pura, clara, popular; era una lengua universal, no individual; pues la idea de las lenguas individuales, no se ocurre sino en los países donde la lengua nacional ha sucumbido ó está para sucumbir.

Insisto de propósito en este hecho de la formación del pueblo ateniense, porque ejerció una influencia casi soberana en el drama griego. Las demas obras artísticas pueden hasta cierto punto desentenderse del sufragio y la aprobación del pueblo, existiendo como existen muchos ejemplos de literatura aristocrática para los cuales no se le consultó ni era posible; pero en las cosas de teatro el concurso del pueblo es indispensable y supremo su voto. De aquí resulta que solo donde el pueblo tiene gusto y conocimientos, donde es indígena, sin alteración ni mezcla (y la primera de estas condiciones es consecuencia de la segunda), se verá florecer el arte dramático. Al contrario, donde falta un pueblo tal como lo imagino, sincero, indígena, todo el poder de una aristocra-

cia imperiosa, todo el influjo de los nombres mas ilustres de esta aristocracia, no llegarán nunca á producir el drama mas mezquino. Esto es cabalmente lo que sucedió á los Romanos.

En Roma el pueblo no es romano. En el tiempo en que las letras adquirieron gran desarrollo, y la cabeza de la nación presentaba conocimientos suficientes para que todas las obras artísticas fuesen cultivadas con buen éxito, en ese tiempo no había ya pueblo romano. Algunas familias nobles, los magistrados, los rentistas, eran el único resto de la pura sangre romana; pero el pueblo había desaparecido en las guerras, y como ha dicho enérgicamente un joven historiador de nuestros tiempos: « Había dejado sus huesos en todas las playas, campos, urnas, fama eterna; esto es lo que debía sobrevivirle. » La Italia enviaba sus hijos á morir en los países remotos, y sacaba de allí en compensación millones de esclavos. Roma, des poblada de Romanos, se llenaba de libertos, de esclavos é hijos de esclavos, procedentes de todos los puntos del globo. Ya en tiempo de los Gracos, este falso pueblo llenaba el foro, y trataba las cosas de los Italianos y de los Romanos; sustituyendo al verdadero pueblo, ausente y destruido, gobernaba á Roma, y por medio de Roma al mundo.

Esto, bajo el punto de vista político, no era un gran mal, porque el extranjero naturalizado en Roma, embebía pronto el espíritu de su patria adoptiva. Los libertos, hijos de prisioneros africanos ó españoles, comprendían perfectamente los intereses de Roma, y con el nombre romano se apropiaban el orgullo y egoísmo de esta nación. Aquel falso pueblo no tardaba en ser inteligente respecto á grandes hombres, y si no puede dudarse de su volubilidad é ingratitud, si obligaba á Escipión Africano á expatriarse, si interrumpía con sus gritos á Escipión Emiliano hasta el extremo de que este hombre ilustre le apellidase hijastro de Italia, no conozco ningun verdadero pueblo de sangre pura, como el ateniense, que no haya hecho lo mismo, que no se mostrase envidioso y quimerista como el falso pueblo de Roma. Se necesitaria, repito, una gran sutileza para probar que la política romana hubiera sido mejor ordenada por ciudadanos romanos que por extranjeros convertidos en ciudadanos, y en cuanto á mí, me inclinaria á creer que aquella mezcla de todas las naciones, aquel pueblo por cuyas venas corrían todas las sangres, aquella raza de vencidos transformados en señores, podia ser un instrumento mas poderoso en manos de una aristocracia indígena, experta y gloriosa, que un pueblo compatriota y que de repente concibiese envidia de esta aristocracia. Creo que semejante pueblo la hubiera debilitado quizá mucho mas con su espíritu de rivalidad mezquina, y con el letargo que á menudo se apodera de los pueblos nobles: prueba de ello los Atenienses. ¿De qué no hubiera sido capaz este pueblo advenedizo con su

espíritu de universalidad ó con aquella turbulencia propia de todo vulgo de diverso origen, que preserva á un Estado del peligro de entregarse al sueño? Cuestión es esta que no me incumbe tratar.

Pero, bajo el punto de vista, quizá ménos importante, de la literatura, nada podia ser mas funesto á Roma que la falta de un pueblo romano. Un verdadero pueblo hubiera conservado las tradiciones de los orígenes nacionales, de la fe, de la lengua; un pueblo falso carece de tales orígenes, de fe común y de lengua, pues que la suya es solo un dialecto.

En cuanto á la tragedia, la obra artística que mas necesidad tiene de orígenes nacionales, de religion, de un hermoso idioma, que no puede vivir sino de estas tres cosas, en aquella edad del mundo y en aquel período de la República romana, se había hecho imposible por la falta de un verdadero pueblo.

I. Para el falso pueblo de Roma no existen orígenes nacionales. A un Africano le son indiferentes Rómulo y Remo; un Español se interesa muy poco por Numa, y lo mismo sucede á un Galo respecto de Tarquino y Lucrecia. Estos Romanos son de ayer; tienen abuelos en Cartago y Numancia, ó en la Galia, pero no en Italia (1). Por lo demas, los pocos individuos de sangre pura que quedan en Roma, saben tan poco de los orígenes nacionales como los Romanos advenedizos. Hay algunos recuerdos confusos en esta materia, casi todos custodiados y alterados por los sacerdotes, y que nadie tiene tiempo de examinar; á esto se reduce todo. El gran negocio en Roma es la guerra, la cual carece de espacio para investigar su pasado; tan vivo es el afán que la ocupa de realizar su porvenir. Las naciones solo adquieren erudición durante la paz, y sin erudición no es fácil que descubran sus orígenes: Roma será un día erudita; pero lo será cuando su misión militar haya concluido, entonces volverá hácia lo pasado, porque no tendrá ya porvenir. La Roma de los Escipiones ignora de dónde procede; pero cuando se difundieron en ellas las doctrinas de la Grecia, su conquista, los primeros que disfrutaron de aquella claridad quisieron tener un origen; sobre todo los personajes ilustres, que deseaban celebrar con jactancia las hazañas de sus antepasados. En consecuencia, encargaron la tarea de buscar ese origen y esos antepasados á escritores griegos, que sin juicio ni crítica reunieron las tradiciones de los sacerdotes, y dieron liberalmente á las familias nobles cuantos títulos de antigüedad les fueron pedidos. El pueblo no tuvo en esto la mínima parte, y fijando la vista en el Capitolio, continuó mirando hácia lo porvenir, sin comprender la eternidad prometida á Roma sino como una cosa que no

(1) Sin embargo, naciones enteramente extrañas á aquellos hechos han tomado y toman intereses por ellos, y esto no solo en tragedias de escuela.